

## Cuento de Navidad

*(dedicado a Jorge y Margy)*

Hace ya muchos milenios, pero muchos, muchos milenios, cuando todavía los seres humanos vivían en pequeños grupos familiares de veinticinco o treinta individuos, ninguno de los cuales conocía siquiera el arte de la excavación de rudimentarios hogares en las laderas de los montes o en las paredes verticales de los altos riscos, en los que los componentes del clan pudieran proteger sus peludos cuerpos del frío relente con que les castigaban los días y las noches invernales, y de la lluvia que empapaba los hispídos, cerdosos pelos que les cubrían la áspera epidermis, así como del aterrimiento que en sus endurecidos músculos provocaban la alba nieve y la gélida escarcha, ni todavía habían descubierto el misterio que encerraba el fuego que destruía cuanto tenía vida antes de su paso, ya habían observado ellos -porque si algo distingue al ser humano de su primaria parentela y de los restantes animales irracionales es el sentido de la observación-, que en dos determinadas épocas del año el Sol permanece más tiempo sobre el horizonte y parece "detenerse" en su recorrido, antes de su cotidiana ocultación, situación que invariablemente se repite dos veces en el transcurso de cada año, la primera cuando el fúlgido astro vomita rayos ardientes sobre la Gran Madre Tierra, como si quisiera abrasarla, que entonces ofrece sus mejores colores y sus más apetitosos y gustosos frutos a cuantos seres nacen, viven, se reproducen y mueren sobre su superficie; y la segunda, cuando la gran luminaria celeste se debilita tanto que parece incapaz de hacer llegar hasta la superficie de la Gran Madre Tierra aquel hálito achicharrante que la trae a la vida durante un largo tiempo, de manera que muchos árboles frutales muestran entonces la cruda desnudez de su

ramaje, y los que se mantienen vestidos con sus hojas verdes no producen fruto alguno que llevarse a la boca.

En uno de esos clanes familiares, cuyos miembros habían aprovechado un horado del terreno abierto en la riba del valle por el fondo del cual, durante la época calurosa, se deslizaba un cantarín arroyuelo de frías aguas, ahora silentes y congeladas a causa de la baja temperatura reinante, un niño y una niña, que no contarían, respectivamente, más de doce y once años, se entretenían con algunas piedras de tamaño y colores diversos, que iban amontonando a sus pies, según los colores que mostraban.

- Me da mucha pena ver tan desnudas las ramas de los árboles; se me antoja que están muertos, Georg. -dijo, inesperadamente, la niña, con los grandes, vivarachos ojos clavados en los múltiples brazos leñosos que mostraban las altas plantas que se erguían a lo largo del ribazo en el que había encontrado cobijo el grupo humano, una profunda oquedad horadada a la mitad del mismo por los arcanos, milenarios procesos de ciertos fenómenos naturales, impenetrables para sus todavía yermos cerebros.

- Cuando el tiempo temple, de nuevo tornará la vida a esas ramas, que ahora se te antojan muertas, y se cubrirán de hojas, y más tarde crecerán entre ellas miríadas de bonitas flores, que acabarán transformándose en jugosos frutos de variado colorido, según el árbol en que crezcan - trató Georg de tranquilizar a la niña.

- Sí, claro, mas hasta que el calor les devuelva la vida, no me será posible dejar de mirar con tristeza a esos colosos de la naturaleza, ahora de aspecto marchito y caduco -insistió Marga con su acento quejumbroso.

- Yo creo que eso puede tener fácil remedio, Marga.

- No sé como.

- Pues, colgando de las ramas secas de los árboles estas vistosas piedras.

Dicho y hecho. El llamado Georg, sin esperar a comprobar la reacción que sus palabras producían en su compañera, bajó a todo correr por el pronunciado declive, hasta llegar al lugar donde crecía un macizo compuesto de multitud de matas de juncos y juncias, aquellos con tallos verdes, cilíndricos, puntiagudos, largos, lisos y flexibles; y estas con hojas tan largas como las de los juncos, pero estrechas, triangulares y aquilladas, de bordes ásperos.

Sin aparente esfuerzo, Georg arrancó abundantes tallos de una y otra especie vegetal, y a grandes zancadas regresó junto a la niña, a la que poco antes había dado el nombre de Marga.

Georg se sentó junto al montón de piedras de diversos colores, que él y su compañera habían estado acumulando durante los días anteriores, sin otro propósito que satisfacer su curiosidad natural ante la diversidad de colorido de los fragmentos de roca que les ofrecía la Naturaleza, y con inaudita habilidad, valiéndose, indistintamente, de cuatro tallos de juncos o de cuatro cañas de juncia, ató una piedra, la aseguró con un nudo hecho con las cuatro fibras vegetales, asegurándose de que sobraba largo bastante para hacerlas pender de las ramas delgadas de un determinado árbol.

Marga, entusiasmada por el efecto que a su mirada ofrecían las piedras de colores diversos que Georg iba colgando de las distintas ramas, se unió con entusiasmo al trabajo del muchacho, y, en muy poco tiempo, aquel árbol, que instantes antes mostrara, como avergonzado de su impotencia, el esqueleto otrora cubierto de verde follaje, cobró vida nueva a los ojos de la embelesada pareja de niños rupestres, que enardecidos ante el presumible resultado de su espontáneo arte decorativo, emitieron gritos de contento, al tiempo que sus manos palmeaban con

extraño ritmo, de tal suerte que, alarmados por el guirigay de ambos muchachos, el pleno de los restantes miembros de la tribu salió de la caverna, en cuyo interior transcurría la mayor parte de sus vidas.

Todos unieron sus exclamaciones admirativas y rítmicas palmadas a las del niño y la niña, y así permanecieron el entero día, hasta el regreso de los hombres que habían ido de cacería, los cuales, al contemplar la alegre escena que tenía lugar en el ribazo, dejaron las piezas cobradas a los pies de los árboles ya adornados, y se dedicaron a allegar nuevas piedras de colores diferentes a los disminuidos montones que sus familiares amenguaban con acelerada regularidad.

A partir de entonces, aquella tribu adornó, al inicio del solsticio de invierno algunos árboles de la riba. Otros clanes vecinos les imitaron y la costumbre se extendió poco a poco por el centro y el norte del continente que muchos milenios más tarde se llamaría Europa. Pero ni Georg ni Marga llegaron a tener conciencia de que ellos fueron los inventores el Árbol de Navidad, tan usado por estas fechas en muchos hogares de todo el mundo.

Cadalso de los Vidrios, 23 de diciembre de 2010.

ANDRÉS CASTILLEJO OSUNA.